

de la colonia, y muchos habituales —periodistas, diplomáticos, amigos de la casa— estaban ya francamente contagiados por aquella epidemia de buen humor que había desembarcado en la Argentina. Los argentinos anticipaban sinceramente la impresión que al día siguiente recogía toda la prensa. Estaban entusiasmados. «Hermanos españoles —escribía *El Laborista*—, estáis en vuestra casa». «Ayer ha llegado España a Buenos Aires», proclamaba *Clarín* en la entradilla de un amplio y elogiosísimo reportaje. «Toda España estaba ayer sobre cubierta, como en los días de la Conquista, cuando las Carabelas hendían el mar rumbo a un destino incierto», dijo *Democracia*, mientras que *Crítica*, el viejo reducto de los rojos, confesaba: «España, en la gracia natural de sus mujeres y en la fibra varonil de sus campesinos cantores, ha llegado esta tarde con la embajada que trajo el *Monte Albertia*». La frialdad oficial de la *Prensa* no pudo ocultar la cálida y espléndida sorpresa que sus redactores sufrieron en el arribo de nuestro barco. *La Nación* informó con amplitud y alegría, sin pararse en barras a la hora de las adjetivaciones amables. Por cierto que su cronista recogió una anécdota graciosa: «De pronto se destacó de un grupo un muchacho entusiasta que ignorando la región a que pertenecía un atavío, se lo preguntó a la linda joven que lo llevaba, y ésta respondió que era de Extremadura».

—¡Ah, la tierra de los chorizos! —dijo el chusco, no sin tono de sorna.

Y ella contestó con garbo:

—Y de los conquistadores.

La propia protagonista me confirmó la historieta.

El buen vino andaluz servía para los brindis y para espabilar la fatiga. Luego, Areilza dió orden en encaminarse hacia la Subsecretaría de Trabajo y Previsión, donde la se-

ñora del Presidente esperaba a las muchachas de los Coros y Danzas, muchas de las cuales habían bailado en aquella prodigiosa noche de la Plaza Mayor, de Madrid, durante la visita a España de Eva Duarte. De nuevo el trayecto a través de las calles capitalinas fué como una disparatada ceremonia arrecaballico del besamanos y el pelar la pava. La incontenible y ruidosa emoción de los viejos españoles se juntaba con la algarabía cordial de los porteños. Todos querían dar la mano a las muchachas entre vivas, pintorescos piropos y alusiones al reciente protocolo signado entre Franco y Perón. Tras de una larga espera que, sin duda, el ritmo laboral de Eva Duarte hubo de imponer a sus propios deseos de recibir inmediatamente a las chicas españolas, la mujer de Perón escuchó las palabras de homenaje de nuestro embajador, las sinceras y alegres voces de las que acababan de desembarcar y el griterío de las gentes que escoltaban, en la calle, a los cuatro colectivos. Eva Duarte dirigió breves frases de salutación a los Coros y Danzas. Salimos a la calle. Los coches recogieron su dulce carga para llevarla hacia el barco. Era ya noche cerrada y un poco alta, al menos para el horario bonaerense. Vi partir los cuatro autobuses entre la Plaza de Mayo y la Avenida de Mayo; se detenía la circulación, y el gentío se aproximaba a las ventanillas saludando a las muchachas. Los nombres de Franco y Perón, de España y Argentina, volvieron a mezclarse. Un luminoso lanzaba su nombre como una pura y clara invocación: «¡España! ¡España! ¡España!» Era un sentimiento antiguo, noble y común, y era España —bonita ella— quien paraba la circulación aquella noche feliz de Buenos Aires. Me quedé un poco solo. La oficina del cable estaba a un paso. Fuí y escribí una crónica. Puedo jurarlo, me temblaba el pulso.